

## CAPITULO XXV

## CAMPO DE CALLEJA

Al regresar el gefe español á su cuartel general acompañado de algunos oficiales, despues de visitar los puntos que consideraba como principales en su línea, habia anochecido completamente y reinaba tan profunda oscuridad, que habia sido necesario poco antes detenerse á encender una linterna, á pesar de cuya luz indecisa, siempre se tuvo que dar algunos tropezones entre los matorrales.

Esta oscuridad le sacó por un momento del abismo de sus preocupaciones y al fijar los ojos en el cielo, observó estremeciéndose que avanzaban por el horizonte densos nubarrones y que una como bruma opacaba encima de su cabeza el brillo de las estrellas, todo lo cual consideró como un síntoma seguro de que estaba ya próxima la estacion de las aguas que desde muchos dias atras estaba temiendo.

—Pronto, pronto, dijo á algunos de sus ayudantes, wayan ustedes á llamarme á los gefes de los puntos principales, á Llano y á los que tienen á su cargo la artillería.

Despues de dada así la orden en general, la transmitió personalmente á los oficiales, distribuyendo las comisiones que debian cumplirse á pié ó á caballo. Cuando se quedó solo en la puerta de su alojamiento, murmuró en voz queda y siempre mirando al cielo:

—Seria una fatalidad que se desataran las aguas antes de ocho dias, que es el tiempo mínimo en que deben llegarme los elementos que espero.

Y como si quisiera abreviar ese plazo que le parecia excesivamente largo, entró con rapidez á su gabinete en donde como siempre, se encontraba rodeado de papeles su secretario, al cual le ordenó que escribiera en el acto una carta muy apremiante al virey diciéndole que ya estaban anunciándose las aguas que tanto temía, y que le suplicaba aprasurase cuanto le fuera dable el envio de los cañones, pertrechos y víveres que le tenia pedidos, bajo el concepto de que si no llegaban pronto, eran perdidas las esperanzas que se habia hecho hasta entonces, pues que se veria obligado á levantar el campo, aunque no sin intentar antes otro nuevo asalto, por si pudiera obtener con él un resultado definitivo favorable.

Antes que estuviera conchuida esta carta que debia ir muy floreada, pues que á Calleja le gustaban mucho las citas históricas, para lo cual tenia bien surtido de libros de guerra á su secretario, empezaron á llegar

los gefes de las líneas más inmediatas, siendo el último Llano que llegó hasta cerca de las nueve.

Si los insurgentes hubieran sabido que en aquellos momentos todos los gefes españoles faltaban de sus puestos, seguramente que habrían salido á dar un ataque general, en el cual con todas las probabilidades de su parte, les hubiera sido fácil obtener una victoria.

Calleja dejó que se siguieran reuniendo sus subalternos en la habitacion inmediata, mientras él mismo continuaba trabajando al frente de su secretario en la misma mesa, cuyos trabajos consistian en examinar los planos de la localidad en que se encontraban, marcando algunos puntos con lápices de diversos colores. Esto es, combinaba un plan de ataque general para el primer día que se presentara favorable, principalmente, si como temia, comenzaban en aquellas noches las lluvias. Siendo este el punto que más le preocupaba, de cuando en cuando abandonaba su trabajo y se dirigia á la ventana mas próxima que daba al campo y detras de los cristales examinaba el cielo en el cual continuaban amontonándose algunas nubes.

Llegó, por fin, á las dos horas, segun dejamos dicho el mariscal Llano, se le pasó aviso á Calleja y este no queriendo demorar mas el asunto, abandonó sus planos y se presentó en la sala en donde lo esperaban sus gefes subalternos.

—Buenas noches, señores, les dijo, he llamado á ustedes con cierta urgencia, porque he visto varias se-

ñales en el cielo que no han dejado de alarmarme, y quiero que tengamos una ligera conversacion respecto de la situacion que guardamos y la manera mejor de desenlazarla. Siéntense ustedes para que entremos de lleno al asunto, no sea que esos con denados intenten una salida y hagan ustedes falta en sus puestos.

El fué el primero en sentarse, formando círculo los demas, sentándose tambien, mas cerca ó mas lejos del caudillo, segun sus categorias, y entonces este continuó diciéndoles:

—Acabo de escribir al Virey Venegas encareciéndole la necesidad de que me mande, con el apresuramiento que pueda, la gente, armas y municiones que le tengo pedidas, porque como dije antes, he visto señales en el cielo que me han alarmado. Parece que se nos vienen las aguas encima y si no aprovechamos el poco tiempo que creo nos queda disponible, tendremos que levantar el sitio de Cuautla, porque fuera de que nuestras obras comenzarán á desmoronarse, se pondrán intransitables los caminos y los mismos medios de comunicacion que nosotros tenemos, aumentarán las enfermedades con lo malo de la estacion, y sin tener donde guarecerse nuestras tropas, estas se desmoralizarán mas de lo que están desmoralizadas, se nos humedecerá el parque y vendrán los demas inconvenientes que de ustedes son tan conocidos. Así es que quiero que tan luego como llegue el convoy último, cualquiera que sea, tomemos una final resolucion, atacando la plaza ó retirándonos, segun creamos mas conveniente. ¿Qué opinan ustedes?

Llano fué el único que se atrevió á tomar la palabra, diciendo:

—Vuestra Excelencia, que es el que conoce mejor los elementos de su ejército lo mismo que los del enemigo, será el que mejor podrá disponer en todo caso lo que deba hacerse; pero como nosotros por nuestra parte estamos también obligados á ponerle de manifiesto el estado que guardan sus tropas, yo le podré decir respecto de las mias, que cunde en ellas el desaliento, porque trascurren días y más días y ven que no se adelanta gran cosa en las operaciones sobre la plaza y que antes bien se va perdiendo terreno, una vez que los insurgentes nos han arrebatado la caja del agua que tanto defendimos, han adelantado sus obras y no pierden la ocasión de molestarnos con sus partidas que tirotean nuestra retaguardia ó con sus salidas bruscas, en que si bien siempre llevan la peor parte, á nosotros eso no nos sirve de nada, porque no desisten de su acostumbrada insolencia. Mis tropas, por lo mismo, según el espíritu que en ellas advierto, entrarán gustosas á un combate serio en que se resuelva prontamente la cuestión; pero se aburrirán soberanamente si permanecemos así los ocho días que calcula vuesencia que se pasen sin dar el asalto.

—¿Y tienen parque suficiente para ello las tropas del Sr. Mariscal Llano? preguntó Calleja con sorna casi interrumpiendo á su interlocutor que parecía dispuesto á seguir dando otras explicaciones.

—Para un combate de tres ó cuatro horas si tienen

el parque suficiente, contestó Llano; pero si el combate se prolonga un día entero se agotará el parque indudablemente, y el primero el de la artillería que es ya algo escaso.

—Todos los demas destacamentos están en el mismo estado según creo? pregunto Calleja dirigiéndose á los demas.

Todos contestaron afirmativamente y aun algunos hubo que pidieron se les aumentara si era posible su dotación, porque no contaban ya más que con dos ó tres paradadas por plaza.

—Quiere decir, siguió manifestando Calleja, que sin tener en cuenta los claros que tenemos en nuestras filas con los muertos, heridos y enfermos, de los cuales acabo de mandar cuatrocientos para Chalco, no tenemos los elementos necesarios para tomar por asalto la villa y tanto más difícil será emprenderlo, cuanto sabemos perfectamente que Morelos no es hombre de dejarse tomar la plaza ni en cuatro ni en ocho horas de combate, sino que se defenderá hasta quemar su último cartucho, antes de lo que habrá tenido tiempo de rechazar varias veces nuestras columnas y hasta muy capaz será de salir sobre ellas luego que llegue á verlas un poco desconcertadas. Por lo mismo, aunque prevaleciera la opinión en ustedes de dar el ataque, nos encontraríamos casi imposibilitados de hacerlo por temor de que se nos agotaran las municiones.

—Por lo mismo, yo decía, se apresuró á replicar

Llano algo picado, que vuesaencia es el único que puede decidir.

—Pero como pudiera presentársenos de un momento á otro una coyuntura, continuó diciendo Calleja, casi sin poner atención á lo que manifestaba Llano, y como podrian llegarnos mas pronto de lo que nos figuramos algunas municiones.....

Aquí llegaba Calleja de su discurso cuando fué interrumpido casi por el estallido de dos cañonazos que se oyeron en la otra extremidad, esto es, como en el campamento de Llano que era el que con mas frecuencia atacaban los insurgentes. Dejó de hablar y se puso á escuchar con atención: entonces se percibió claramente un fuego nutrido de fusilería, y de cuando en cuando un tiro de cañon, sin que se notara que fuera contestado con la misma arma por los de la plaza.

—Si no me equivoco, dijo Calleja levantándose, esta es una salida de Galeana.

A su ejemplo se levantaron todos los demas y lo rodearon en actitud de esperar sus órdenes.

—Esos condenados no nos dejan por ahora terminar nuestra conferencia que puede quedar reducida á que todos estén listos para emprender un ataque general conforme á las instrucciones que reciban, dándome cuenta mañana mismo del número de hombres, armas y municiones de que dispongan, con la mayor exactitud para poder fijar bien mis cálculos. Ahora, señores, á sus puestos y usted Sr. Llano, váyase con

mas rapidez que ninguno porque se me figura que su línea está corriendo algun peligro.

—Allí está el batallon Lobera, contestó Llano sonriéndose, y con ese hay para contener el empuje de todos los insurgentes reunidos.

Calleja no quiso dirigirle alguna de las burletas sangrientas que acostumbraba por no detenerlo mas, sino que cogiéndolo por la espalda, le dijo con el tono mas amistoso que pudo.

—Pronto, pronto, señor mariscal, y cuidado con romperse las narices.

En el momento en que iba á trasponer la puerta el mariscal, llegó un ayudante dando cuenta de que habian salido algunas tropas de caballería de la plaza para proteger un convoy de víveres que trataban de introducir custodiado por Matamoros que habia salido anteriormente con ese objeto.

—Entonces la cosa es mas grave de lo que me figuraba, exclamó Calleja y yo tengo que ir á presenciar eso. Ya lo sigó á usted, Sr. Llano, dijo esforzando mas la voz, pues aquel estaba ya afuera montando á caballo.

A pesar de la oscuridad, Llano partió al galope, seguido de sus ayudantes, y cuando estuvo á la mitad del campo viendo que los fuegos eran nada menos que en los fuertes de Zacatepec, centro de la línea que le estaba encomendada, exclamó:

—¡Ah bellacos! parece que recibieron aviso de que yo me encontraba ausente.

Aguijoneó su caballo, pero como á cada momen-

to tropezaba con los matorrales y otros muchos obstáculos que le estorbaban la carrera, tenía que detenerse á su pesar, no sin dejar escapar terribles blasfemias, figurándose segun lo vivo del fuego, que no lograría llegar á tiempo.

Entre tanto Calleja, mientras ensillaban los caballos á gran prisa, dictó órdenes para que se rompiera el fuego por varios puntos de la línea, con objeto de que los insurgentes creyeran que los estaban atacando en forma para que desistieran de su empresa si alguna tenian, y á pocos momentos pudo observar Llano que se lanzaban granadas y metrallas de casi todos los fuertes que circundaban la poblacion.

—¡Bueno! dijo, este es un buen servicio que me hace el Sr. de Calleja que á mí no se me habia ocurrido.

Y siguió su camino con la rapidez que le era posible, salvando zanjas y arbustos con grandes riesgos de dar en tierra con su humanidad.

Fuera que Calleja conociera mejor las veredas, llevara mejores guías ó tuviera mejores caballos, llegó á las lomas de Zacatepec cuando Llano empezaba á tomar las primeras providencias.

—¿Qué ha pasado? preguntó aquel al segundo luego que logró incorporársele.

—Parece que es un ataque de diversion como los de todas las noches, contestó Llano mohino con la presencia inesperada del gefe.

—En efecto, dijo Calleja, y lo que es mas raro aun no veo por aquí á ningun enemigo.

—Es que ha retrocedido para la plaza.

—En ese caso mi venida aquí ha sido enteramente inútil.

—No tanto, señor, respondió Llano, porque así podrá vuesaencia hacerse cargo de las disposiciones que reinan en mi campamento.

Entonces invitó á Calleja á recorrer los principales puntos > vió que en efecto, todos los cañones habian sido cargados de nuevo, que los centinelas y escuchas estaban en sus puestos y que los oficiales envueltos en sus capas y reclinados en sus parapetos, estaban con el ojo alerta, ejerciendo plena vigilancia sobre los soldados.

—Bien, bien, dijo, estoy satisfecho del orden que aquí se guarda, única manera de evitar que seamos sorprendidos por esos demonios que nunca duermen y que tanto de dia como de noche procuran estarme molestando.

De los informes mas detallados que pudo obtener Calleja, resultó que todo aquello no habia sido mas que una simple escaramuza provocada por unos ciento cincuenta hombres montados mandados por Galeana, quien habia concebido el intento de buscar y apoderarse de algunos víveres en aquel campamento enemigo, puesto que habian logrado llevarse dos cargas de maiz correspondientes al forraje, defendiéndolas cuando ya las tenian en su poder como tigres hambrientos.

Lo de la introduccion á la plaza de un convoy por el cura Matamoros que habia salido una de las no-

ches anteriores con ese objeto, no había sido mas que un rumor, pues á la sazón no era sino el 25 de Abril y la noche fijada con ese objeto segun, una correspondencia que acababa de interceptarse, era la del dia 27, en la que habían de salir algunas tropas de la plaza para favorecer las maniobras.

Calleja leyó las cartas de Matamoros, que estaban escritas sin disimulo, contando con que serian introducidas á la plaza, y no pudo menos de exclamar lleno de regocijo:

—Pues ahora sí no varío de plan, ya los tenemos cogidos, de manera que siempre no hemos perdido la noche.

Dió, despues de haber conversado una media hora con los gefes pertenecientes á la línea de Llano que lo roedaban, un apretón de mano á cada uno, hizo á aquel algunas recomendaciones y regresó á su tienda para meterse vestido en la cama despues de las doce de la noche.

Pero como los insurgentes continuaron haciendo algunas pequeñas salidas en busca de víveres de la media noche en adelante, lo cual ocasionaba que se dispararan algunos tiros aislados, Calleja continuó inquieto y sin poder dormir, por lo que tuvo que levantarse para escribir una nueva carta privada á Venegas, confesándole que era verdaderamente infernal su situación. Le habló en ella de la muerte de Riaño, que era una de las pérdidas más sensibles que había sufrido y de otras que seguia sufriendo todos

los dias por la falta de elementos para dar un ataque definitivo.

Por la mañana, soñoliento é incómodo se el oyó exclamar:

—Si continuamos así otros ocho dias mas, digo lo mismo que Llano: no podrá contarse ya ni con las tropas ni con los oficiales. ¡Diera todo cuanto poseo por tener cinco minutos en mi poder á ese cobardon de Morelos!

Era un desquite inocente de Calleja en sus horas de aburrimiento: ¡llamar cobarde al mas intrépido de los defensores de la independecia!